

A partir de 10 años

INFANTIL • JUVENIL • ARRAYÁN



NARRATIVA

El niño, el perro y el platillo volador, Segundo Premio de Literatura Infantil del Consejo Nacional del Libro y la Lectura 2001, es un libro de gran atractivo gracias a la original temática tratada y a la interesante observación del mundo de los niños enfrentados a las relaciones con los mayores, con la aventura y con la fascinación que produce el encuentro con culturas lejanas. Esta novela, ambientada en el altiplano nortino, atrapa a Diego, el niño protagonista, y lo envuelve en un mundo lejano e insólito, lo que le provoca una profunda transformación.

ALIDA VERDI, narradora y poeta chilena, dotada de una fresca imaginación y sentido de la originalidad, se caracteriza por el hábil manejo de un lenguaje ágil y de clara compenetración en los personajes, lo que le proporciona a sus historias un gran atractivo como lectura para los niños.


ARRAYÁN
EDITORES



9 789562 403450

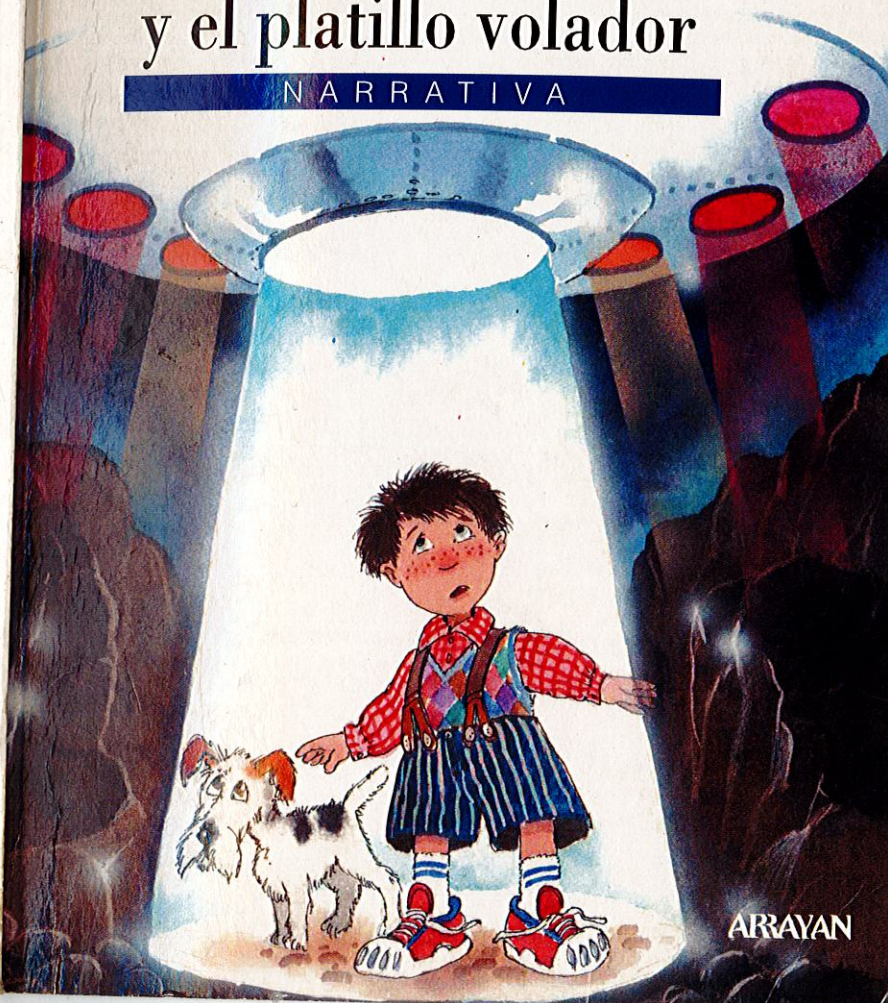
SEGUNDA
EDICIÓN

INFANTIL • JUVENIL • ARRAYÁN

Alida Verdi

El niño, el perro y el platillo volador

NARRATIVA



ARRAYÁN

COLEGIO SANTA TERESITA
BIBLIOTECA
COLEMU

Dirección de Colección
Héctor Hidalgo González

Corrección de Estilo
Alejandro Cisternas Ulloa

Dirección Gráfica
Leonardo Vilches Robert

Diseño Gráfico
Equipo de Arrayán Editores

Ilustraciones y Portada
Andrés Jullian

© Alida Verdi Zamora
© Arrayán Editores S.A.
Bernarda Morán 435, Providencia, Santiago de Chile. • Teléfono: (56-2) 4314200 •
Fax: (56-2) 4314282 • <http://www.arrayan.cl> • e-mail: arrayan@arrayan.cl
Inscripción Nº 123.812 • I.S.B.N. 956-240-345-9
Segunda edición, enero de 2004. Reservados todos los derechos para todos los países.
Prohibida su reproducción total o parcial, a través de cualquier sistema de reprografía o
tratamiento informático, bajo las sanciones establecidas en la ley.
Impreso en Chile por Imprenta Maval.

INFANTIL • JUVENIL • ARRAYÁN

Alida Verdi

El niño, el perro y el platillo volador

NARRATIVA



Ilustraciones de
Andrés Jullian



800
Verdi
Niño
V = 1
C = 2



1

Diego consigue estropear sus vacaciones

—¡**N**o puedes hacerme esto, mamá! —
—Ngimió Diego desesperado tratando de
conmover el corazón de su madre; pero no
hubo caso, ella continuó preparando su maleta
como si no lo escuchase.

—Qué exagerado, Diego, nadie te está con-
virtiéndote en víctima. Te aseguro que vas a
pasar unas estupendas vacaciones con la tía
Elisa. Además, si tuvieras que ir con nosotros,
te aburrirías como ostra mientras esperamos
en el hotel.

Pero Carmen, la madre de Diego, sabía en el fondo de su corazón que estaba mintiendo. Qué alivio sería pasar unos días tranquilos en Bruselas mientras su esposo, Carlos, se ocupaba de su trabajo. La señora Carmen tenía muy presentes las palabras indignadas de su marido en la puerta del Hotel Thermidor al término de su último viaje de trabajo, el año anterior:

—¡Última vez que traemos a Diego, y que no se hable más del asunto hasta que este niño aprenda a comportarse!

La señora Carmen comprendía perfectamente a su esposo. Que Diego hubiera inundado el baño de su habitación sólo porque sus padres habían tardado un poco más de lo esperado en una cena de clausura había sido la gota que rebasara el vaso de la paciencia de Carlos. ¡Cómo se le había ocurrido al niño! ¡Tremendo gasto y las incontables, atropelladas y humillantes disculpas que habían tenido que repartir entre el personal del Hotel Thermidor para que les devolviesen una fría mirada de disgusto!

Es que Diego Herreros no era ninguna monedita de oro. A duras penas lo soportaban seis meses las nanas encargadas de la casa. Y qué decir de sus niñeras, quienes habían abandonado el trabajo en interminable hilera durante los primeros nueve años de su vida, hasta que al fin no había quedado otra cosa que decidir que ya no necesitaba ninguna. Después habían sido los colegios. Diego fue el primer miembro de la familia Herreros en ser retirado del Vitacura English College a solicitud de su indignado director. Un año había durado después en la Santiago Columban Academy y ahora se agarraba débilmente, con su matrícula condicional, de su banca del Saint Godfrey's School. La pobre señora Carmen ya no tenía amigos que se arriesgasen a recomendarla para un colegio y había rogado y suplicado a miss Eulalia, la directora, que perdonase a Diego y le diese un año más para enmendar su conducta.

Diego no era exactamente un niño malo, eso es cierto. Su peor defecto era su pobre o nula capacidad de ser educado. Miss Eulalia

podía perdonar que sus notas fuesen deplorables, que volase indiscretamente por las alturas del cielo de la sala de clases, que fuese incapaz de pasar del *good morning, miss* a las siguientes oraciones del ramo de Inglés, que su uniforme luciese como regresado de la Guerra del Pan con Queso y que la mitad de sus compañeros llevase su cara decorada con su firma: un ojo en tinta. Lo que no podía tolerar miss Eulalia era que Diego diese el bajo a su colación tranquilamente en clases mientras ella explicaba pacientemente el *genitive case* o que arrojase lejos sus cuadernos cuando no lograba entender de qué se estaba hablando. Qué decir de sus rabietas, de sus insolencias, de lo ocurrido con miss Arteaga y mister Martínez, de sus... ¡ah, mejor ni acordarse de ese insoportable niño Herre-ros! ¿Qué camino habrían seguido sus padres para que Diego llegase hasta ese punto? Bueno, tendría su última oportunidad, pero si en seis meses Diego no corregía su comportamiento, miss Eulalia podría, al fin, respirar en paz otra vez y recuperarse de la úlcera.

Así, pues, con el recuerdo de miss Eulalia y el gerente del Hotel Thermidor vivos en su memoria, la señora Carmen pensó en su marido y cerró los ojos: los berrinches y pataleos del niño fueron inútiles. Con la cara bañada en lágrimas de furia, de pie en el antejardín de la casa de su tía Elisa, Diego vio alejarse el auto que llevaba a sus padres al aeropuerto. ¡Es que esto era intolerable! ¿Cómo podían haberlo condenado a pasar el verano con esos pobretones Murray, sopor-tando al ganso del primo Antonio? En esa casa diminuta y pasada al olor de Jeremy, el fox-terrier pelucón siempre le gruñía y lo agarraba de las calcetas para demostrarle que no olvidaba las últimas gracias de las que le había hecho víctima. ¡Si tan sólo se hubieran venido los tíos Murray a su casa de Lo Curro en vez de esperarlo en el bungalow atiborrado de libros polvorientos que su tía Elisa llamaba “mi reino”! Mi reino. ¿Cómo va a ser reino un lugarejo con un solo televisor, sin nin-tendo, sin piscina — ¡con este calor horrible de

enero!—, sin vecinos decentes, lejos de todos los cines y centros comerciales? Ni siquiera podía pensar en meterse con el computador del tío Roberto; bien claro había quedado desde su última visita que el computador le estaba estrictamente prohibido, porque la información perdida a causa de sus gracias había volatilizado seis meses del trabajo de su tío.

“Ojalá —pensó Diego— no se den cuenta mis amigos de la derrota terrible que estoy pasando. Si el guatón Urrionda llega a saberlo, voy a ser el hazmerreír del colegio. Infames, traidores, tanto que les rogué, tanto que les juré que esta vez me portaría bien. Es casi seguro que soy hijo adoptivo, por eso no me quieren; yo ya me había fijado que ni siquiera me parezco a mi papá. Además, es lógico, mi mamá no ha podido tener más hijos; seguramente no se atreve a adoptar otro para que yo no me dé cuenta”.

“Por suerte —suspiró el niño—, si no, seguro que se iban a olvidar de mí y preferirían al otro. De buena me libré. Y eso sin

considerar que es mucho mejor ser adoptado por mis papás que por alguien como los tíos Murray”.

Tan absorto se encontraba el niño en masticar su tragedia, que ni siquiera advirtió la cara indignada del tío Roberto o la constante vigilancia de la tía Elisa. ¡Ojalá se portase algo mejor, esta vez, el angelito. Claro, cómo iba a decirle que no a su hermana mayor, con lo apegadas que eran. Pero Carmencita, tan mal que había criado a Diego, qué desastre. Si ni ellos mismos lo soportaban; por algo habían viajado solos esta vez. Si el pobre matrimonio no hubiera estado al borde de la separación, ella se habría negado a quedarse con Diego, pero ellos lo necesitaban; a lo mejor, si una de las principales causas de sus peleas no se encontrara presente —léase Diego—, Carmen y Carlos podrían solucionar sus problemas. Sólo por eso estaba ella dispuesta a sacrificarse, a aguantarlo por dos meses. ¡Dos meses! ¡Ay, Señor, tanto tiempo, ojalá su propio matrimonio fuese capaz de sobrevivir tamaña

prueba! Por suerte, la casa tenía posibilidades de permanecer intacta; al día siguiente partían para el Norte, y en una casa de la sierra, Diego tenía muy pocas probabilidades de causar destrozos. Era obvio que su sobrino se iba a morir en tres tiempos cuando viese su lugar de destino, pero qué se le iba a hacer, la vida de los antropólogos no era ni por casualidad tan glamorosa como la de los funcionarios internacionales. Y después de todo, ya estaba bueno que Diego bajase a conocer el mundo real.

—Grrrrrrrr.

El corazón de Diego dio un salto. Los colmillos de Jeremy rozaron su tobillo para enredarse luego firmemente en los cordones de su zapatilla nueva. El perro tiraba con entusiasmo tal, que casi perdió el equilibrio.

—¡Suéltame, quiltro imbécil!

Pero llamar de esa manera a un can de pedigri, como era Jeremy, no resultaba la mejor forma de captar sus simpatías. El perro lo arrastró por el jardín sin que pudiese despren-

der su zapato del hocico barbudo. Desesperado, Diego llamó a su tía a gritos, pero tía Elisa parecía haberse esfumado y el perro seguía allí, grrrr, grrrr, babeándole la zapatilla nueva y dejando el pie apretado como sardina dentro de ella.

—¡Jeremy, ven!

Inmediatamente, el perro lo soltó y corrió dando saltos de alegría hacia el recién llegado. Diego miró a su primo fríamente y saludó con su proverbial amabilidad:

—Si no tienes ese perro amarrado, lo voy a mandar a la perrera.

—Grrrrrrrr —Jeremy peló los colmillos en su dirección.

—Y si tú te atreves no más a tocar mi perro, ya te las verás conmigo, primito —respondió Antonio mostrándole su puño y una mirada tan fiera como la del pelo de alambre del perro—. Y la próxima vez, saluda y agradece que te salvé. ¡Vamos, Jeremy!

Niño y perro se perdieron jugando en direc-



ción a la casa y Diego se quedó solo, rumiando su desdicha. El sol caía a plomo sobre las calles y los jardines del barrio y, para compensarlo, un grupo de pajarillos chapoteaba alegremente en la fuente de piedra que tía Elisa les tenía destinada. Furioso, el niño cogió una piedra y la arrojó hacia los gorriones y chincolles, que alzaron vuelo aterrorizados.

—¡Fuera, pájaros piojentos. Si yo no estoy feliz, nadie lo está!

Los pájaros revolotearon en el aire, trinando sus terrores hasta que se posaron sobre las ramas de un naranjo y con el corazón latiendo apresuradamente en sus pechitos emplumados lo vieron alejarse.

—¡Ay, Padre de los Gorriones! —gorjeó uno de ellos con resignación—. Es ese angelito otra vez

saltos del vehículo. El perro llevaba el hocico abierto, con la aparente intención de tragarse todo el aire posible; el viento le había peinado, dejando a la vista sus ojos y la nariz negra como una aceituna, húmeda y brillante.

—Mira, ¿ves qué lindo es aquí, Diego? —insistió su tía.

Él ni se molestó en contestarle. Hasta cuándo seguían con eso de que todo era lindo, bonito, precioso. Llevaban tres días carreteando, comiendo esas típicas porquerías que la tía guisaba y acostándose en sacos de dormir con el cielo por techumbre. ¡Tres días! Y sus papás que se habían ido por dos meses. Diego no creía ser capaz de soportarlo. “Me voy a morir —pensó— y entonces van a saber que realmente me querían, van a regresar arrepentidos, llorando, porque yo no estoy para que me abracen y me compren regalos. Se van a morir de pena y de culpa. Y se lo merecen, por traidores, por malos y por adoptivos”.

La camioneta bajaba ahora saltimban-

2

Un pueblo donde el diablo perdió el poncho

i **L**egamos; desde aquí se ve la quebrada! El tío Roberto detuvo su cacharrienta camioneta en la cumbre del cerro e hizo una aparatosa figura con la mano para mostrar la larga grieta verde de la quebrada que asomaba en medio de los cerros desérticos. Diego miró con aburrimiento y se sumergió más, si podía, en el asiento. Antonio, en cambio, colgaba por la ventana entusiasmado, agarrando a Jeremy del collar para que no saliese volando con los

queando por el camino de tierra y piedras. Diego, Antonio, Jeremy y sus tíos saltaban adentro, chocando unos con otros y recibiendo encima una multitud de objetos, migas y papeles que daban vueltas en su interior. Desesperado, Diego cerró los ojos para no ver este horror en que se había convertido su vida. Jeremy, compadecido, alargó una lengua tibia y sonrosada y la pasó de arriba abajo por la cara del niño con un sonoro slurp.

—¡Fuera, perro cochino!

Jeremy lo miró muy enojado y estaba a punto de darle otro lengüetazo cuando la camioneta se detuvo con gran chirrido de frenos y en medio de una polvareda de padre y señor mío. El perro salió disparado hacia el asiento delantero mientras Diego se limpiaba la cara con la manga de la camisa. Tío Roberto, con una sonrisa de oreja a oreja, abrió la puerta de la camioneta y se bajó diciendo:

—Familia, hemos llegado.

Y los Murray bajaron en pleno, felices de

la vida, a disfrutar del que sería su hogar por un mes y medio. Diego se incorporó en el asiento y miró hacia su nueva residencia, primero con miedo, luego con profundo asombro. Su boca formó una perfecta letra O. Estaba casi ahogado por el aire que tragaba, y sudaba frío a pesar del terrible calor de la mañana en la serranía.

Los Murray parecían poseídos por un ataque de actividad; ya habían entrado en la casa e iban y venían bajando y llevando los sacos de dormir, las cajas con víveres, las lámparas de gas, la cocinilla de camping. Eso no podía ser cierto, pensó el niño. ¿Acaso habían terminado de acampar para vivir en esa choza con techo de paja, en medio de ese pueblo infeliz? Esto era demasiado, mañana mismo llamaría al hotel de sus padres para exigir que le enviaran un pasaje para Bruselas. Sus tíos estaban locos, él siempre lo había sospechado, por lo demás. A quién si no a un par de locos se le ocurre ganar una miseria y vivir en

esa espantosa casita llena de libros y cosas viejas. Obviamente, eran tíos adoptivos, pero sus papás adoptivos tampoco tenían derecho a hacerle algo así.

—Bájate y ayuda a descargar, Diego.

La voz seca y enérgica de tío Roberto lo sacó de sus divagaciones. Al parecer, el tío adoptivo no estaba para bromas. Tomándose su tiempo, bajó y recogió un chal para llevarlo al interior de la cabaña. Entonces fue cuando descubrió que eran objeto de la curiosidad de una veintena de niños aimaras, harapientos y despeinados, que seguían pacientemente las evoluciones del cuarteto de visitantes.

—Vaya espantapájaros —murmuró Diego, bajito, después de una rápida ojeada a sus cabellos desgredados y opacos y a las mejillas curtidas por el sol.

Y entonces, para su horror, la voz de tía Elisa llamó alegremente a los curiosos:

—Niños, vengan, vengan a comer galletas.

La parvada de chicuelos se arremolinó a

su alrededor arrebatando las galletas con sus manos sucias y reseca, Diego observó con asco las narices de los más pequeños, las ropas llenas de manchas y parches y los pies descalzos de la mayoría. Los menos, calzaban ojotas que parecían... No, no parecían... ¡Estaban hechas con goma de neumático! Diego no podía entender que su primo, por muy adoptivo que fuese, se mostrara tan amistoso con niños como éstos. ¡Hasta estaba comprometiendo para ir a jugar con ellos cuando terminaran de arreglar las cosas! Encantadas con su ofrecimiento, algunas niñas tomaron trapos y escoba y ayudaron a tía Elisa a poner la casa en condiciones de ser habitada.

Todo estuvo listo tan pronto, que tía Elisa, encantada, abrió una botella de bebida y uno de los innumerables paquetes de sándwiches con que se alimentaran en el viaje. Pronto los niños estuvieron instalados por todos los rincones mordisqueando y bebiendo con entusiasmo. Diego era el único que parecía encontrar desagradable la situación. Con gran



dignidad, se negó a reconocer que tenía hambre y se quedó de pie junto a la puerta para no sentir el desagradable olor de esos niños oscuros, de pequeños ojos vivaces y voces cantarinas, que ahora informaban alegremente a Antonio de las increíbles actividades que podían realizarse en el poblado.

—Podemos ir a la cocha, andar en burro, subir cerros, cazar pájaros y pasear en el cementerio en la noche —le informaba a su primo un chico flaco y parlanchín llamado Gaspar, que se movía como una ardilla de un lado para otro arrastrando una pierna coja y deforme.

—¡Qué bacán! —exclamó su primo—. ¡Toda mi vida he querido ir a un cementerio a ver fantasmas!

Diego le concedió una mirada de disgusto y le preguntó a una pequeña que mordisqueaba un sándwich de jamón en medio de un círculo de migas.

—¿Sabes si hay un lugar desde donde enviar un e-mail aquí?

La niña ni siquiera se molestó en responderle. Lo miró abriendo exageradamente sus ojos orientales, con el sándwich detenido a unos centímetros de una boca abierta y redonda.

—No te molestes —prosiguió Diego—, ya veo que estoy hablando en chino.

Y en ese instante de terrible soledad supo que estaba perdido, lejos de todo lo que conocía. ¡Y ni siquiera en un lugar civilizado!

3

Fuga en la negrura de la noche

Tres días después, tras breves intervalos dedicados a doblar su saco de dormir, barrer el dormitorio y sentarse a la mesa cuatro veces por día, Diego Herreros seguía allí, sentado junto a la puerta con expresión malhumorada y distante. De vez en cuando, la tía Elisa pasaba por el comedor y le miraba con preocupación.

“¿Se le irá a pasar esto algún día?”, pensaba, compadecida del niño solitario. A un centenar de metros de allí, en la cancha del

pueblo, podía ver a su Antonio correteando detrás de una pelota de trapo en compañía de los niños del pueblo. ¡Gool! Se escuchaba de repente. Y las figuras de una decena de niños saltaba alegremente mientras otros tantos pateaban el suelo con decepción. Pero a tía Elisa no se le quitaba la preocupación por su sobrino. Diego era un niño mimado, al que todo se le daba y se le permitía. ¿Por qué se le habría ocurrido a su hermana dejárselo a ella? Eran tan diferentes sus estilos de vida, sus medios. Estaba segura de que Diego no podría soportar esos cuarenta y cinco días con ella.

Sin saberlo, estaba a punto de tener toda la razón, pues de haber imaginado lo que Diego proyectaba en esos momentos, a tía Elisa se le habría caído el pelo de un solo golpe. Porque Diego, de tan aburrido, tan amargado y tan adoptado que se sentía, estaba a punto de fugarse, después de meditar cuidadosamente su plan durante esos tres días que se había sentado a la puerta a rumiar sus penas con cara de pocos amigos.

Esa misma noche, el niño puso en marcha su plan. Se arrebujó en su saco de dormir y fingió un profundo sueño hasta que escuchó la respiración acompasada de su primo y el silencio absoluto en el resto de la casucha. Ya era hora, ni sus tíos ni su primo lo escucharían. Se levantó descalzo, se colgó las zapatillas del cuello y se desplazó en puntillas por la casa, abriendo las puertas con extremo cuidado. Antes de salir, recogió la bolsa de víveres que había escondido detrás de las cajas con el equipaje y luego abrió lentamente la puerta de calle. Un leve chirrido atronó en la calmada noche de la sierra. Diego tembló y se detuvo a escuchar durante unos segundos. Nada, todos dormían. Armándose de valor, el niño salió a la negrura de la callejuela y respiró a todo pulmón. Pocos metros más allá, se detuvo a ponerse las zapatillas, pues el suelo estaba helado y lleno de guijarros afilados.

—Grrrrrrrr.

Diego no supo si fue el gruñido o la frialdad húmeda de la nariz de Jeremy lo que lo hizo saltar.

“Perro imbécil —pensó—. ¡Me ha seguido! Ah, pero ni siquiera el estúpido pelo de alambre me hará desistir de mi propósito”.

Intentó dirigirse hacia el camino, pero Jeremy se le plantó delante y le gruñó con decisión; Diego percibió que estaba a punto de echársele encima. Lo pensó por un instante, pero de pronto supo que no era tiempo de seguir pensando. ¡Si no arrancaba de inmediato, Jeremy lo iba a morder!

Corrió cerro abajo como alma que se la lleva el diablo con el perro ladrando detrás. Tan asustado iba, que ni se daba cuenta de que Jeremy lo adelantaba para luego, con la lengua colgándole alegremente fuera del hocico, voltearse a verlo. Corrió hasta dejar atrás el pueblecillo con sus casas de piedra y paja; corrió levantando el polvo reseco de la huella sobre sus medias y embarrando sus zapatillas en las acequias por las que bajaba cristalina el agua de riego. Corrió tanto, que cuando se dejó caer agotado entre las terrazas de alfalfa no supo dónde estaba, y cuando Jeremy se echó junto a



él con la lengua afuera ni siquiera tuvo fuerzas para asustarse. El perro, alegremente, meneó la cola y lamió concienzudamente sus piernas cubiertas de tierra.

—¡Vaya —dijo Diego—, no eras tan pesado como parecías!

Se quedaron un buen rato recuperando el aliento, hasta que la luna asomó detrás de las gibas redondas y gastadas de los cerros. Diego trató de reconocer el terreno. Estaba en medio de unas chacras, salpicadas por aquí y por allá por grupos de perales y membrillares que se movían displicentes gracias al ir y venir de la brisa. La luz de la luna pintaba todo de azul y gris; hasta sus manos se veían oscuras en medio de la noche. De pronto, un profundo temor lo asaltó.

¿Dónde había quedado el camino? Él había estado tan seguro de que podía volver hasta la huella. Si no fuera por ese tonto del perro... ¡Qué susto le había dado! Al menos, ahora ya no le gruñía y le servía de protección. Total,

sólo era cosa de seguir hasta que se acabaran las chacras y después uno subía el cerro y encontraba la huella.

Y así pensando, se tranquilizó y retomó el camino alegremente, sin detenerse siquiera a meditar lo suficiente como para recordar que cuando arrancó de los colmillos afilados del fox-terrier estaba tan aterrado que había corrido en dirección contraria al camino.

Caminó con brío, deteniéndose de vez en cuando a llenar sus bolsillos con pequeñas peritas de pascua que mordisqueaba con gran satisfacción. Lentamente, sin que se diera cuenta, iban quedando atrás las chacras. La quebrada se estrechaba y las matas de alfalfa y maíz dejaban paso a altas matas de cola de zorro y soronas⁽¹⁾. polvorientas. Todo era silencio y paz, miró su reloj y descubrió con asombro que ya era casi medianoche. ¡Cómo no iba a estar cansado! Por

(1) Soronas: arbustos característicos de las quebradas andinas del Norte de Chile

suerte, pensó, ya estoy llegando al cerro, allá arriba debe ir el camino.

Comenzó a escalar el cerro lentamente, esquivando las piedras y grietas que la luna le mostraba. Una hora después detuvo su ascenso y miró hacia abajo, sorprendiéndose con la densa negrura que se había apropiado del valle. Sin embargo, la luna le mostraba con claridad la cima del cerro, tan cercana y tentadora. Pero eso no podía ser, el camino iba mucho más abajo, de eso él estaba seguro, no pensaba ir tan cerca de la cima. Ahora, Diego estaba asustado, se detuvo y meditó por unos instantes.

—El camino es más abajo, lo sé. Seguramente —se dijo—, ya lo pasé y no me di ni cuenta. Debe de haber estado un poco más a la derecha o a la izquierda. Creo que será mejor que camine a esta misma altura y desde aquí lo podré ver mejor.

Costeó el cerro en busca del camino, seguido por el perro que de vez en cuando

le aullaba a la luna, poniéndole los pelos de punta.

—¡Cállate, perro tonto! —exclamó, reprendiéndolo, pero Jeremy seguía sin hacerle el menor caso—: Auuuuuuuú, auuuuuuuuuú.

Tampoco quería castigarlo, capacito, capacito que si él lo trataba mal, al perro se le ocurriera irse y dejarlo solo ahí, donde el mismísimo diablo había perdido el poncho, como solía decir su abuela. Insistió un par de veces más: ¡Cállate, Jeremy, cállate, perro! Ahora trataba al perro con mucho mejores modales, no fuera que se molestara, que entendiera eso de imbécil, de tarado, que tan a menudo le había dicho cada vez que le atizaba una patada o le pisaba el rabo.

—Auuuuuuú, auuuuuuuuuú.

Diego no quería reconocer lo muy asustado que estaba. Caminó unos pasos y se apoyó en una gran roca mientras el perro seguía con su horroroso aullido. A tientas, buscó un lugar donde acomodarse para descansar. La tierra

estaba tan helada como el viento que parecía pinchar sus piernas con un millón de agujitas. Tratando de protegerse, se metió detrás de la roca y vio, casi al pie de ésta, un agujero oscuro y protegido.

—Ven, Jeremy, ven para acá —llamó. Ni siquiera se le pasó por la mente lo molesto que podría ser enroscarse en un agujero en la tierra junto a ese perro pelucón y maloliente. Por un segundo, evocó su saco de dormir blando y tibio, las galletas que se le habían olvidado sobre el cajón que hacía las veces de velador y el chocolate caliente que la tía Elisa preparaba a primera hora.

El perro vino de mala gana, ladrando y gruñendo hacia la oscuridad del hueco que lo abrigaba. Diego lo pescó del collar y lo arrastró hacia su cuerpo, y después, cuando lo tuvo bien agarrado, se metió poco a poco hacia el agujero.

—¡Auuuuuuú!

El aullido desesperado de Jeremy fue lo último

que alcanzó a escuchar Diego antes de caer hacia atrás arrastrado por el collar que sujetaba y empezar a gritar como loco. Niño y perro resbalaron hechos un ovillo de piernas, cola, brazos, manos, patas y mochila, gritando y aullando como almas que se lleva el diablo por un interminable túnel, negro como la tinta. Cayeron y cayeron y Diego no supo más de su alma, incluso entonces, aunque él no podía darse cuenta, siguieron cayendo en el abismo hasta que al fondo del túnel brilló la luz de la luna tenuemente, acercándose, creciendo, fortaleciéndose y, finalmente, los cuerpos que caían salieron al aire libre y se quedaron allí tirados, como un bulto, sobre una gran plataforma de piedra bajo la cual se extendía, perdiéndose en la distancia, un valle amplio y abrigado, desde el cual llegaba el refrescante canto del agua, que bajaba atropelladamente por entre las rocas y las matas que la luna pintaba ahora de plata y de púrpura.

4

Bajo la sombra del platillo volador

—¡Guau, guau, guau!

El ladrido asustado de Jeremy hizo despertar a Diego de un salto. Abrió los ojos y una fuerte luz los hirió, obligándolo a entrecerrarlos otra vez. Poco a poco se acostumbró a ella y miró a su alrededor. Descubrió que estaba tirado cuan largo era sobre la tierra; es más, las piedras le tenían la espalda tan adolorida como si hubiera caído sobre un puerco espín. Se incorporó lentamente, buscando al perro y al motivo de tantos ladridos. Descubrió

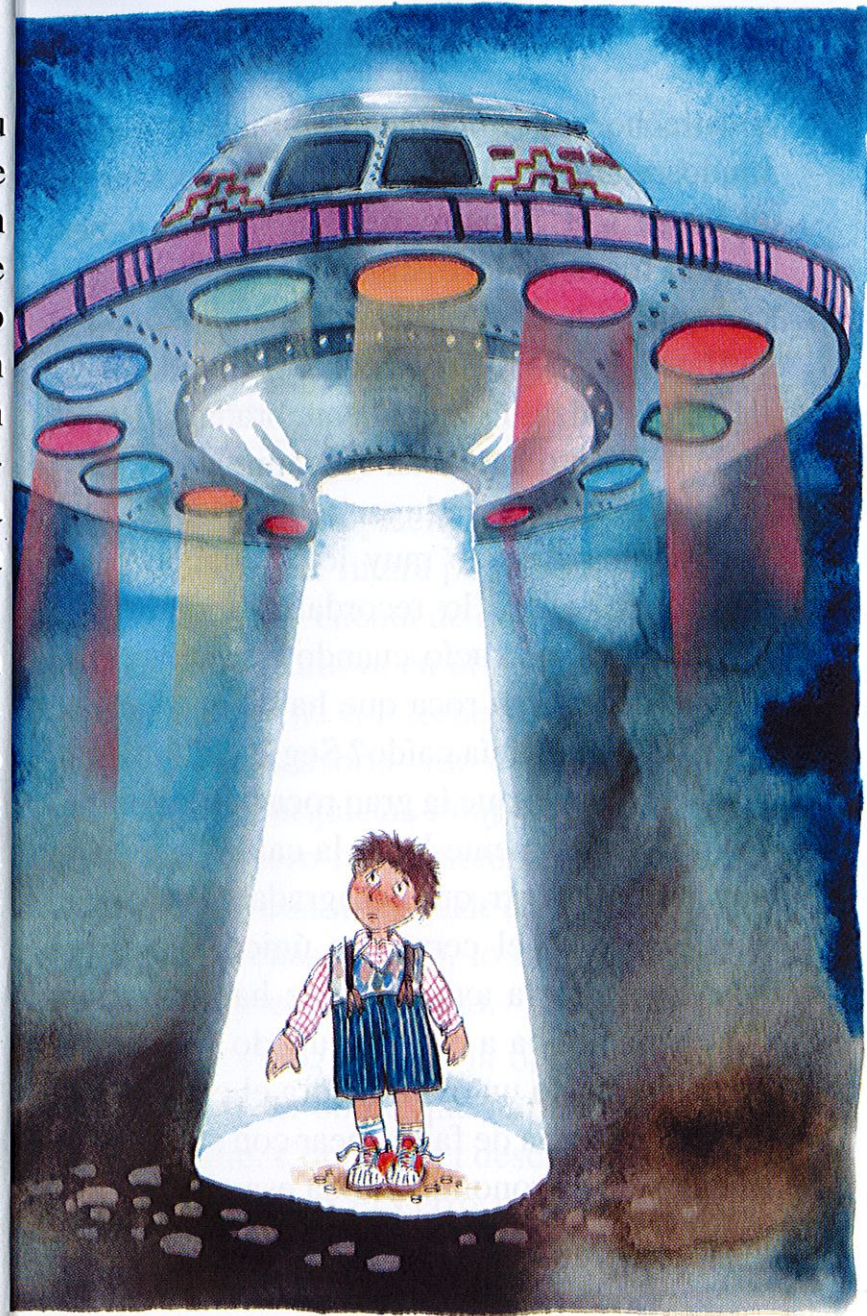
estaba en una saliente del cerro; Jeremy estaba un par de metros más allá, ladrando como si le pagaran por ello, y en el cielo, sobre sus cabezas, estaba la causa de tanto escándalo: un gran platillo volador plateado, que descansaba en el aire sin emitir un sonido, como si estuviera colgando de un cable invisible; en su vientre abultado brillaban luces de diversos colores y justo frente a ellos se abría una gran ventana opaca desde la cual, seguramente, los tripulantes de la nave los estaban contemplando en ese mismo momento.

Diego se puso en pie de un salto y miró asombrado a la nave. Jeremy dejó de ladrar y vino gimiendo a esconderse detrás de sus piernas. ¡Buen perro! Estaba asustado, pero igual había ladrado para avisarle que algo extraño ocurría. De pronto se dio cuenta de que sus rodillas temblaban aparatosamente, intentó calmar al fox-terrier, pero la voz se le había escondido en alguna parte indefinida y sólo un tonto murmullo salió de su garganta.

Diego descubrió, avergonzado, que también su barbilla estaba temblando. ¿Estaba realmente viendo una nave o la caída lo había dejado tan atontado que alucinaba? Y si efectivamente se trataba de extraterrestres, ¿sería abducido por esos seres del espacio? ¿Lo utilizarían para hacer experimentos o lo encerrarían en un zoológico interestelar, como le había ocurrido al protagonista de “Invasión Jupiteriana 4”? ¿Qué debía hacer? ¿Correría o le arrojaría una piedra?

Casi como si lo hubieran escuchado, en ese mismo segundo la nave se alejó velozmente hacia lo alto. Todavía temblando, Diego caminó hacia el borde de la saliente mientras Jeremy, recuperada su audacia, se asomaba por el borde del cerro ladrando valientemente hacia el platillo volador. Diego llegó a su lado y pudo ver que la nave extraterrestre se desplazaba rápidamente por sobre el borde de los cerros hasta desaparecer en un recodo del valle que se abría a sus pies.

¡El valle! Era increíble, estaba en un largo



y estrecho valle totalmente cubierto de sembrados y árboles. Aquí y allá, los rectángulos de las terrazas se entrecruzaban formando hermosos diseños de distintos tonos de verde; cada cierto trecho, el diseño se rompía con el rutilante espejo de una cocha. ¿Adónde había llegado? Quizás ésta era la quebrada de Parca, de la que tanto hablaban esos tontos niños del pueblo. ¿De qué otro lugar podría tratarse? No podía haber llegado muy lejos cuando cayó, pero claro, ahora lo recordaba, Jeremy y él habían caído al vacío cuando se acurrucaron debajo de la gran roca que había en el cerro. ¿Pero adónde había caído? Seguía allí mismo, en el cerro, sólo que la gran roca había desaparecido. Seguramente lo de la caída había sido una pesadilla; brrr, qué desagradable pasar una noche solo en el cerro. Lo único bueno era la extraordinaria aventura que había corrido. ¡Vaya, nadie iba a creerle cuando les contara que había visto un ovni! Ahora el catete de su primo se dejaría de fantochar con sus conocimientos de astronomía y toda esa cháchara de

la vida en el universo. ¡Y sus compañeros de curso iban a quedar con la boca abierta! ¡Qué suerte que esto hubiera ocurrido; ahora nadie se reiría de que hubiera pasado sus vacaciones en la mismísima punta del cerro! Ni siquiera el pesado guatón Urrionda, que se había ido a Disneyworld a pasar un mes en el resort de las islas de los piratas.

Se absorbió complacido durante largo rato en la visión de su futura popularidad colegial, hasta que se dio cuenta de que podría haberse comido un caballo o, en el peor de los casos, un plato de avena con leche de la tía Elisa. En realidad, hasta habría sido capaz de comerse un plato de charquicán. Puaj, qué asco. Buscó su mochila, pero lamentablemente ésta había desaparecido con su carga de chocolates, galletas y sándwiches. Bueno, lo mejor que podía hacer era regresar al pueblo.

Echó un vistazo desde la orilla y no tardó en descubrir un borde que le permitiría bajar hasta el valle. Comenzó el descenso con grandes precauciones; el cerro caía casi a pique

hasta el valle y cualquier paso en falso podría significar que tardase mucho tiempo en pregonar su historia por los cuatro confines del mundo. ¿Lo iría a entrevistar la televisión? A él le gustaría que lo entrevistase tía Marujita, de canal 21, ya que ése siempre había sido su programa favorito y tía Marujita era tan bonita, con sus ojos azules y su sonrisa de un millón de dientes; era casi seguro que los compañeros de curso se iban a morir de envidia cuando ella le diera el beso acostumbrado. Además, como sus papás se asustarían, volverían de inmediato de Europa y lo premiarían con un viaje a la laguna San Rafael, ese que tanto deseaba.

Razonando de este modo, casi no se dio cuenta cómo llegó hasta el valle; caminó entre los sembrados seguido por Jeremy, que correteaba alegremente las bandadas de pájaros que se posaban sobre los árboles. Era bonita esta parte del valle, pensó, distinta al resto. Aquí los sembrados eran mucho más grandes, las matas de zanahoria crecían hasta alcanzar

su cintura y las plantas de maíz parecían un bosque de tan altas que eran, apenas si podía llegarles el sol. Además, había allí otras plantas diferentes, que él no había visto jamás. Lo único raro era la ausencia de gente trabajando las tierras, no se veía un alma; el agua bajaba cristalina por las pequeñas acequias, sólo que aquí estaban empedradas y todo era de una limpieza impecable. Nada de hojas secas, pilas de matas pudriéndose o papeles sucios, como solía ocurrir más cerca del pueblo. Así debería ser en todas partes, el campo no tenía por qué ser tan feo y polvoriento como era.

Pensó repentinamente en la posibilidad de que hubiera encaminado sus pasos en sentido contrario al pueblo. ¡Qué lata! Ojalá no tuviera que devolverse. Por suerte, unos metros más adelante había un árbol en el cual podría subirse para mirar a su alrededor.

Cuando llegó hasta el árbol descubrió, con gran regocijo, que se trataba de un peral. ¡Vaya peras! Las diminutas peras de pascua eran aquí grandes como manzanas. Se dedicó a mordis-

quear peras hasta que le fue imposible probar un bocado más; comía vorazmente, arrojando los corazones para todos lados. Ahora, ya satisfecho, recordó el motivo que lo había llevado a trepar al árbol y entonces se dedicó a otear a su alrededor.

Lejos, muy lejos, un grupo de figuras, pequeñas como hormigas, se afanaba entre los sembrados. Diego siguió sus evoluciones sin gran interés hasta que logró avistar, mucho más abajo en el valle, las siluetas doradas y brillantes de las casas del pueblo. ¡Qué suerte, no se había equivocado, pronto llegaría al pueblo, se pondría en contacto con la policía y pediría que lo llevaran a su casa porque estaba perdido; ¡Qué susto se iban a llevar los tíos Murray; seguro que su mamá se iba a indignar con tía Elisa por no cuidarlo como era debido!

Iba tan contento y satisfecho de su propia inteligencia y astucia, de lo bien que le estaban saliendo las cosas, que ni siquiera se per-

cató de la presencia de la pequeña bola dorada que lo seguía a todas partes flotando a algunos metros sobre su cabeza. ¡Todo le había salido tan bien que hasta el pesado del perro había desaparecido; a su primo le iba a dar un ataque! Total, él no tenía la culpa de que a ese perro imbecil le hubiera dado por seguirlo, era su amo el encargado de cuidarlo. En buena hora se había librado de un mordisco, o ya verían los Murray el escándalo que iban a armar sus papás.

—¡Detente, extraño, no sigas caminando!

El niño se quedó clavado en el suelo, y miraba de un lado a otro buscando al dueño de la voz. ¿Acaso lo habrían visto robándose las peras? No era para tanto, tía Elisa se encargaría de pagarlas si armaban mucho lío.

Pero el dueño de la voz no aparecía por parte alguna, aunque Diego tenía esa extraña sensación de saberse observado. Era casi como si alguien lo mirase desde... desde arriba. Diego comprendió que estaba temblando, que no quería levantar la cabeza por nada del mundo, pero también supo

que tenía que hacerlo, que tenía que mirar hacia el cielo aunque no quisiera, aunque se muriera de miedo. Despacio, despacito, como para que no se fueran a dar cuenta, Diego empezó a levantar la cabeza y fue en ese instante que vio el gran círculo de sombra oscura que lo rodeaba y supo repentinamente desde dónde provenía la voz, y aunque no quería levantar la cabeza, siguió haciéndolo como atraído por un imán. Sus ojos se clavaron en la gran nave plateada que estaba suspendida en el aire directamente sobre él justo en el momento en que el vientre de esta se abría y un tubo redondo como un ascensor comenzaba a bajar exactamente hacia el punto donde él se encontraba detenido. El tubo se acercaba al niño velozmente, tan amenazador, tan aterrorizador, que Diego perdió el conocimiento y se desmayó con la misma facilidad que se había desmayado la insoportable miss Arteaga el día que encontró en el cajón del escritorio la pequeña serpiente que Diego le comprara al guatón Urrionda el día anterior. ¡Ah, bastante cara le había costado la serpiente, pero el gasto había valido la pena sólo por ver a miss Arteaga despatarrada en medio de la sala de clases!

5

El prisionero de la Ciudad Sagrada

El niño despertó con el estómago revuelto y la vaga sensación de que lo que le había sucedido a miss Arteaga no era tan agradable como le había parecido en su momento. Se encontraba en una gran habitación de piedra, de muros decorados con hermosas pinturas, que mostraban incas trabajando el campo, adorando el sol o bailando. Los escasos muebles eran de líneas severas y apenas vestían la desnudez de la sala. Una gran ventana se abría hacia el valle y el niño se bajó de la tarima

en que descansaba y pudo ver a través de ella las interminables escaleras que comunicaban las amplias casas de piedra y dorado metal, las torres y las plazas donde paseaban numerosas personas vestidas con extrañas vestimentas cortas y tocados de plumas. Algo más lejos, sobre una gran explanada, descansaba el platillo volador que lo recogiera, refulgiendo bajo la luz del sol.

El pueblo entero brillaba como una joya, cegándolo con su resplandor y reflejando en las superficies metálicas la piedra rosada y gris con que estaba construido. Algunos niños morenos, de rasgos indios, correteaban por el laberinto de escaleras en persecución de un increíble juguete plateado, que parecía un avión de alas emplumadas... ¡Que volaba solo! Todo era limpio y perfecto, todo era luz, música y alegría en la ciudadela que se alzaba como una piedra preciosa sobre una colina situada en el centro del valle, protegida por los bordes de piedra violácea de una garganta de paredes limpias como cortadas con cuchillo,

que se alzaban hasta increíbles alturas, donde llegaban a quedar enredadas las nubes.

Una puerta se abrió silenciosamente a su espalda. El niño, absorto en su observación, no se percató de lo ocurrido. Fue el ruido producido por los recién llegados lo que lo hizo darse vuelta.

En el vano de la gran puerta metálica se encontraba un grupo de personas elegantemente ataviadas con trajes de lana multicolor, tocados de pluma y petos metálicos decorados con fastuosa pedrería, que tintineaban a su paso. Uno de ellos se adelantó hacia él y le habló en un castellano de raros acentos:

—Soy Suríchac Kiske, extranjero; vengo en nombre del Gran Magistrado de Warahuamán, la Ciudad Sagrada. Debo comunicarte que has sido encontrado culpable de faltar a nuestras leyes y debes, por tanto, cumplir la pena que te ha sido asignada por el Gran Magistrado.

Aterrado por las consecuencias de su pequeño robo, Diego balbuceó:

—Yo sólo tenía hambre, mi tía puede pagar las peras que me comí, yo no quería hacer daño.

El recién llegado lo miró con asombro y luego rió.

—No es ése tu delito, niño extranjero, aquí en Warahuamán todos pueden comer lo que quieran si tienen hambre. Tus faltas son dos, y una es sencilla: haber arrojado basura en los campos de la Ciudad Sagrada. La otra, la que el Magistrado ha considerado gravísima, es haber ingresado sin autorización a nuestros territorios.

—¡Pero yo no quería ingresar a ninguna parte, yo me iba para mi casa y de repente me caí en la oscuridad —explicó Diego, muerto de miedo y con los ojos brillantes por las lágrimas que casi, casi se le arrancaban.

—Todo eso ha sido considerado ya —lo interrumpió Suríchac Kisper—. No es la primera vez que alguno de tu pueblo invade nuestro valle, pero esta vez se ha decidido



un castigo ejemplar, que evite nuevos problemas al pueblo Inca. Mientras dure tu estadía en Warahuamán trabajarás limpiando los caminos que no has sabido respetar. ¡Aymi! —llamó con energía.

Un niño que debía tener su misma edad vino desde detrás del grupo. Aymi miró con curiosidad a Diego. Una rápida ojeada al extranjero hizo asomar a sus ojos un poco de desdén. ¡Qué mal vestido y sucio estaba el extranjero! Ahora entendía la razón de sus pésimos modales, quién sabe cómo viviría en su mundo lejano ese niño que el túnel de emergencia había arrojado al interior del valle. ¡Y él, tan sólo por no haber puesto suficiente interés en las clases de astronomía estaba sentenciado a acompañar por un mes a ese espantapájaros! Tratando de no demostrar su humillación, Aymi respondió educadamente:

—Aquí estoy, Suríchac Kisper, para lo que mandes.

—En castigo por tu indolente comportamiento en los estudios, Aymi Condori, el Gran

Magistrado te ha impuesto el castigo de acompañar al niño extranjero para enseñarle el debido comportamiento en la ciudadela de Warahuamán y la historia de nuestro pueblo. Que Inti, el Gran Sol, les inspire para ayudarse uno al otro en la búsqueda de sí mismos. Ve con él —ordenó.

—Ven conmigo, extranjero —dijo el niño—, ya es tarde y tienes mucho que hacer todavía.

Diego lo siguió sin saber qué hacer ni pensar de todo lo sucedido. ¿Cómo era eso del pueblo Inca? Él recordaba perfectamente que los incas habían desaparecido hacía mucho tiempo; además, ni por casualidad habrían tenido artefactos voladores y mucho menos un platillo volador. Sin embargo, siguió al niño sin protestar. Aymi lo llevó por los largos corredores de la mansión atravesando lujosos salones de piedra pulida hasta que llegaron a una habitación que Diego supuso era el baño. Una gran pileta de agua transparente despedía vapor en el centro y sobre una banca de piedra

esperaba un par de toallas de suave algodón y un pequeño bulto de ropas.

—No puedes hacer nada en Warahuamán si no estás correctamente presentado, Diego Herreros —explicó Aymi—. Báñate y viste esas ropas para que comencemos nuestro trabajo.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó Diego asombrado.

—Nuestro Gran Magistrado, el más sabio de los Amautas, aquel que todo lo sabe y para quien no hay secretos, aquel cuya sabiduría protege y guía nuestras vidas, ha leído tu mente y ha sabido inmediatamente cuál era el castigo merecido por tus faltas —explicó el niño con gran dignidad, no fuera cosa que el extranjero lo fuese a considerar un igual—. A Aymi sólo le ha sido dicho tu nombre y se le ha ordenado ser tu guía y tu mentor. ¡Vamos, báñate! No podemos perder tiempo y en estas condiciones no eres digno siquiera de recoger la basura en nuestras calles.

Abrumado, Diego hizo lo que Aymi le mandaba y se lavó concienzudamente; vistió la túnica corta de lana tejida en vistosos colores que habían dejado para él y después se observó cuidadosamente en una muralla cubierta con un gran espejo. ¡Vaya pinta, cómo se les ocurría a estos incas misteriosos vestirse con falditas! ¡Y las sandalias, qué ridículo se veía! Por suerte sus compañeros no lo podrían ver o se habrían reído hasta caer muertos. En todo caso, a Aymi le pareció que estaba bastante mejor.

—Bien, extranjero, ahora que estás presentable; a trabajar —ordenó su guía.

Y dando media vuelta, salió de la habitación seguido por el desconcertado Diego.

Poco después, Diego recorría la ciudadela con la boca abierta. Warahuamán relucía de limpieza. Ni un solo papel, ni una cáscara, ni mucho menos una colilla de cigarrillo ensuciaba las calles, que en su mayor parte eran escaleras; escaleras anchas, escaleras angos-

tas, escaleras cortas y escaleras interminables, que armaban intrincados diseños entre las altas casas de piedra. Por todas partes, hermosas láminas de cobre pulimentado decoraban las murallas. Y por el borde de las calles corrían canales de agua cristalina que refrescaban el aire reseco de la quebrada y regaban los innumerables jardines donde abundaba la fruta. Damas de porte señorial y guerreros de rostro orgulloso paseaban por las calles y se les quedaban mirando con curiosidad. ¡Qué niño más pálido y poco saludable era el extranjero! Seguramente se trataba de un niño enfermo. Siempre se había sabido en Warahuamán que los pueblos del Mundo Prohibido no sabían cuidar a sus niños y tampoco educarlos; ojalá no fuese una mala influencia para el pobre Aymi Condori. ¡Qué pena para sus pobres padres, y qué vergüenza que Aymi tuviese tan malas calificaciones y hubiese recibido tamaño castigo!

Con la ayuda de un liviano tubo aspirador y un carro basurero, Diego fue tras Aymi

recogiéndola hasta la última hoja que se encontrara en el suelo, porque de basuras, ni hablar. Warahuamán debía de ser el lugar más limpio del mundo, ni siquiera polvo se encontraba en las calles.

Después de una hora de tranquilo recorrer, Aymi consideró que Diego estaba recibiendo un castigo muy liviano y decidió encaminar sus pasos hacia el Mercado, lugar donde el extranjero podría purgar sus culpas sin demora. A medida que se acercaban, se cruzaban con más y más gente que iba y venía con canastos cargados de frutas y otros alimentos. Por los estrechos callejones que subían del valle venían también tropillas de llamas cargadas de productos, arreadas sin prisa por sus propietarios.

Cuando llegaron a la Plaza del Mercado, Diego no pudo evitar una exclamación de asombro. Aves de corral de exótico plumaje, flamencos anaranjados, conejos de vellón multicolor, corderos de dulce balido, alpacas de grupa redonda, quirquinchos que se hacían una

bola por los rincones de sus jaulas, ñandúes de plumaje despeinado, guanacos de porte majestuoso, movedizos cuyes manchados y un jaguar de fiero rugido se alternaban con grandes rumas de zanahorias de casi medio metro de largo y gruesas cañas de azúcar que rezumaban almíbar; peras, membrillos, guayabas y choclos. Cebollas y papas grandes como calabazas y calabazas en las que perfectamente podría haberse escondido un niño. Decenas de guacamayos desplegaban sus alas de fastuosos colores en medio de un estruendoso concierto de chillidos. Diego casi no tenía tiempo para respirar, puliendo aquí y allá las consecuencias de reunir tamaño zoológico en una plaza de mercado.

Para conservar la limpieza del Mercado, un numeroso grupo de incas vestidos con sencillez se afanaba puliendo todos los rincones; como le explicó Aymi, se trataba de otros delincuentes, como él, que realizaban trabajos gratuitos para la comunidad. Diego suspiró aliviado, por suerte él no era el único o habría

terminado el año de la pera, pensó. Trabajó duramente por espacio de una hora, y entonces Aymi le dijo.

—Ven, Diego Herreros, debemos comer y descansar.

Fueron por los puestos mientras Aymi iba sacando algunos alimentos y agradeciendo efusivamente la amabilidad del propietario. Diego estaba asombrado. ¿Por qué a ellos no les cobraban a pesar de que los demás incas pagaban sus compras con unas relucientes monedas de oro, plata y cobre?

Cuando ya estuvieron sentados a la sombra de un gran molle, Diego le preguntó la razón a Aymi, y éste explicó pacientemente.

—Aquí en la Ciudad Sagrada, ningún hombre debe sufrir hambre o necesidades; si tu tierra no te ha dado suficiente, los demás te proveerán y no te habrá de faltar alimento o vestimenta para cubrirte del frío. El Gran Sol es para todos los hombres y los frutos que maduran en la Madre Tierra es él quien nos los

envía. Toma, sírvete, esto es quínoa frita con papa chuñu; es delicioso.

Diego probó la singular comida y se atoró escandalosamente. ¡Era lo peor que hubiera probado en su vida! Se excusó vagamente diciendo que no tenía hambre y pasó el mal gusto con un banano maduro. Algo más recuperado, retomó la conversación mientras Aymi se comía las dos raciones golosamente.

—¿Y por qué yo nunca supe de Warahuamán? —preguntó Diego—. ¿De dónde sacaron tantas cosas y el platillo volador?

—Warahuamán ha crecido en paz mientras los hombres de la Tierra Prohibida se desgastaban en guerras y perdían tiempo compitiendo unos con otros por tierras y oro. Nuestros antepasados trabajaron duramente y descubrieron muchas cosas que nos ayudan a vivir mejor. Por ejemplo, los Carros de Atahualpa Inca, las naves que tú llamas platillos voladores, que fueron construidas para que se pudieran traer de las Tierras Prohibidas algunas cosas que

nosotros no teníamos en el valle. Poco a poco fuimos recogiendo productos y animales de más allá de la cordillera y nos acostumbramos a cultivarlos o criarlos aquí. Olvidamos lo malo de nuestros antepasados y de los Hombres de la Tierra Prohibida y, en cambio, aprendimos lo bueno de ambas naciones.

—¿Y cómo fue que ustedes pudieron vivir aquí tanto tiempo sin que nos diéramos cuenta? ¿Por qué llegaron aquí?

—Eso es parte de nuestra historia. Cuando el hombre blanco llegó a nuestro imperio nos esclavizó y luchó contra nosotros, destruyéndonos. Nuestro antepasado, Túpac Yupanqui, Primer Gran Magistrado, guió hasta aquí a un grupo pequeño de su gente huyendo de los invasores y poco a poco se fueron olvidando del mundo mientras el mundo se olvidaba de ellos. Crecimos en paz, progresamos y aprendimos a ser felices respetándonos y teniendo sólo lo necesario. Nada añoramos de las Tierras Prohibidas; unos pocos de nuestros explo-

radores pueden viajar hacia allá y volver en cuanto terminan su misión. Cuando yo sea grande y me convierta en guerrero —explicó Aymi orgulloso— también voy a viajar a las Tierras Prohibidas.

—¿Y cómo no los han descubierto los satélites o los aviones?

Aymi rió alegremente.

—¡Y nunca lo harán! Nuestro pueblo tiene poderes especiales para esconder el valle de la ambición de los Hombres de las Tierras Prohibidas. Los Amautas inventaron un campo de distorsión que no deja ver nada. Jamás nos encontrarán. Algunas veces, unos pocos extranjeros llegaron aquí como tú, por casualidad, pero esos hombres decidieron quedarse y cambiar sus vidas o bien, al hacerlos regresar, se les hizo olvidar todo lo que habían visto y oído.

—Han tenido suerte que no haya pasado un satélite por acá arriba —replicó Diego.

—¿Suerte? —dijo Aymi, enojado—. Noso-

tros no necesitamos suerte; tus satélites no nos pueden ver aunque quieran, son muy primitivos. Igual que tú.

Diego comprendió que Aymi no era precisamente un niño indio humilde y servicial. Ya vería ese engreído lo que pasaría cuando llegasen a buscarlo, a ver si se reiría de él cuando entraran los helicópteros de la policía; pero se guardó muy bien de decir una palabra de lo que estaba pensando.

Mientras los niños conversaban, un hombre vino hasta la plaza y se sentó en los escalones a tocar una melodía en una flauta de caña. Cuando terminó, un gran corro de incas que se había reunido a su alrededor lo aplaudió y premió con numerosas monedas y flores; los warahuamenses disfrutaban enormemente con la música. Con gran entusiasmo, el hombre agradeció a su público entonando una canción melancólica. Algunas damas le escuchaban con ojos humedecidos, por lo que Diego supuso que era una canción triste.

—¿Podemos ir a verlo? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Aymi—. Este es Mayta Colla, un harauicu muy famoso, un gran poeta.

Los niños se acercaron al grupo de gente y Aymi le fue traduciendo a Diego las palabras del harauicu. Diego, que todavía no entendía por qué todos hablaban español, le preguntó:

—¿Cómo aprendieron a hablar mi idioma?

—Hace muchos soles y lunas que mi pueblo conoce tu lengua, Diego Herreros; la aprendimos de los invasores primero y luego debimos conservarla cuando algunos extranjeros llegaron por error y se quedaron a vivir con nosotros. Hoy, todos los habitantes de Warahuamán hablan las dos lenguas, y algunos exploradores han aprendido otras cuando van a las Tierras Prohibidas en busca de nuevos conocimientos o productos que necesitamos.

En ese momento, un fuerte grito los interrumpió:

—¡Deténganlo, detengan ese animal!

La gente corría para ver qué estaba sucediendo. Aymi se puso de pie y miró con interés hacia el extremo de la plaza en que se había originado la barahúnda. Hasta el mismo poeta Mayta Colla interrumpió su concierto y se unió al grupo que buscaba la razón del bullicio.

Y en ese mismo momento Jeremy irrumpió como una tromba en la plaza, perseguido por un gran grupo de personas que vociferaba y se desgañitaba tratando de detenerlo; finteando entre sus perseguidores, corriendo con la velocidad que sólo un pelo de alambre es capaz de desarrollar y ladrando furiosamente, el perro descubrió a Diego en un extremo de la plaza, se le echó encima y empezó a lamerlo y tironearle su nueva túnica para demostrarle lo contento que estaba de ver al niño otra vez.

—¡Jeremy, viejo amigo! —exclamó Diego con alegría.

Y esta vez su alegría era sincera; sin molestarse, dejó que el perro saltara y lo besara cuanto quisiera. ¡Qué bueno era encontrar a

su camarada de aventuras; casi se había olvidado de él con tantas cosas extraordinarias que le habían ocurrido! El perro estaba tan feliz como Diego; ya no se encontraban solos en este mundo tan diferente, tan lejos de casa. Se quedaron abrazados hasta que una gran sombra cayó sobre ellos. Era Suríchac Kiske.

—¿Es tuyo este animal? —preguntó el guerrero—. Lo encontramos vagando por la ciudad y el Gran Magistrado está encantado con él.

—Sí, es mío —mintió Diego orgullosamente—. Es un terrier pelo de alambre, un perro muy inteligente.

—Humm, ya me había parecido que debía tratarse de un perro, porque ladra, pero es muy diferente a los que conocía. Te quedarás con él, supongo.

—Sí, es mi compañero de viaje.

Suríchac Kiske se marchó muy serio, no sin antes acercarse a Jeremy con el propósito de darle una buena ojeada. Al perro no le gustó

nada su proximidad y le mostró los colmillos aparatosamente para luego emitir uno de esos gruñidos que tan asustado dejaban a Diego pocos días antes.

—Grrrrrrrr.

Tan abruptamente como habían llegado, los hombres se marcharon, dejando a Diego, Aymi y Jeremy solos. Aymi estaba preocupado; miró al grupo que se alejaba y luego dijo:

—¿Es verdad que no regalarás este animal al Gran Magistrado? Eso sería un gran honor y podría ayudarte en tu situación.

—No puedo regalar a Jeremy —contestó Diego—. Algún día regresaremos juntos a casa, él es un amigo y la amistad es muy importante para mí.

Aunque bien sabía que tenía que devolverle el perro a su primo, muy dentro de su corazón el niño supo que había dicho una gran verdad. Jeremy era el primer verdadero amigo que tenía. Había tratado de protegerlo en vez de huir cuando aparecieron los incas en la

nave voladora y en cuanto pudo regresó regresado en su busca. Además, era tan agradable sentir las caricias del fox-terrier; hacía mucho tiempo que nadie le demostraba el afecto que Jeremy le entregaba con tanta generosidad. Sus padres siempre estaban muy ocupados y las únicas personas que permanecían en casa para acompañarle eran la señora Juana, la ama de llaves; Teresa, la cocinera, y Martínez, el chofer y esposo de esta última... y no es que ellos le tuvieran simpatía precisamente. Aunque debía reconocer que motivos no les faltaban, ya que muy a menudo la señora Juana se veía obligada a rehacer el trabajo una y otra vez gracias a las actividades de Diego. Y Martínez estaba más que aburrido de cambiar los neumáticos que el hijo de sus patronos se entretenía en desinflar. La próxima vez, pensó Diego, me portaré mejor con ellos; no es nada de agradable esto de ser sirviente. Eso, si es que había una próxima vez, claro. Tembló a pesar del aplastante calor de la plaza.

6

Desbarajuste en el jardín del Gran Magistrado

Esa noche, cuando se recogió a la casa donde vivía, estaba cansado y hambriento como nunca antes. ¡Quién habría imaginado la crueldad de la que eran capaces estos incas. Cómo podían hacer trabajar tanto a un pobre niño inocente! Se lavó y fue a la mesa donde lo esperaba la celadora para darle la cena.

—Ven, niño extranjero. Te tengo una deliciosa comida— invitó ella con una sonrisa.

¡Y le sirvió un gran plato humeante de

quínoa gratinada con un bistec de llama! No se puede negar que el pobre Diego se moría de hambre, ya que sus tripas armaban sonoro concierto, pero pasar la quínoa era superior a sus fuerzas. Sin embargo, no le quedó más remedio que comer disimulando las arcadas; eso hasta que la celadora salió y entonces aprovechó de meter la comida en un paquete y lo escondió para botarlo a la basura al día siguiente.

En las cuatro semanas que siguieron, Diego trabajó duramente limpiando las calles y plazas de la Ciudadela Sagrada. Cada noche, invariablemente, la celadora lo esperaba con un gran plato al que calificaba de exquisito, delicioso y sabrosísimo. De esa manera, al niño no le quedó finalmente más remedio que comer lo que le servían. Era eso o morir de hambre y así fue conociendo una tras otra las variedades de comida de Warahuamán: zapallo italiano relleno con quínoa y carne de llama molida, picante de conejo con quínoa graneada, ensalada de tomate con quínoa y cebolla, panques de harina de quínoa, en fin, no parecía

existir en la Ciudad Sagrada un modo de cocinar sin quínoa. Y qué decir de los postres, que parecían inventados por algún brujo malvado: quínoa con leche, budín de quínoa, queque de quínoa, gelatina de quínoa con guayaba. Diego tragaba con resignación, sin poder creer lo que oía cuando Aymi se congratulaba porque esa noche comería fritos de quínoa y zapallo bañados en almíbar.

Entre sus luchas con los guisos de quínoa y el trabajo de limpieza, el niño escuchaba las lecciones de Aymi tratando de aprender todo lo que pudiera sobre los habitantes del valle olvidado en la cordillera. Así fue como supo que los primitivos habitantes de Warahuamán habían establecido un estricto código de leyes con el objetivo de conservar la paz dentro del lugar y también para que ninguno de los habitantes tuviera que pasar privaciones. Si cualquier cosa llegaba a faltar, el Gran Magistrado, el más sabio de los Amautas del valle, enviaba a una de las naves a conseguirlo, y siempre se comisionaba a valientes exploradores para

ir en busca de más conocimientos para la supervivencia del reino. Esos mismos saberes habían sido perfeccionados por los sabios a tal punto, que los incas de Warahuamán estaban mucho más adelantados que el resto de los países de la Tierra. No se conocían enfermedades ni plagas y pocas veces había visto Diego gente tan feliz y bien formada como los habitantes de Warahuamán.

Con el correr de los días, la nostalgia por su familia fue creciendo más y más. ¡Cómo le hubiera gustado ver a su mamá, a su papá, a tía Elisa, a su primo Antonio, a los niños que ayudaron a descargar la camioneta! Además, tanto que tenía que trabajar ahora, él que antes se quejaba de todo, que ni siquiera se molestaba en abrir los libros de estudios, que dejaba que el teléfono sonase por cinco minutos en espera de que alguna criada cruzase toda la casa para atenderlo.

—Cuando regrese, se decía, voy a aprender sobre los Incas y los aymaras. Le voy a pre-

guntar a tío Roberto, quien sabe mucho de estos pueblos. Son tantas las cosas que no hice y que puede que ya nunca haga. Como darle un beso a mi mamá y decirle que la quiero mucho y que siento haberla hecho discutir tanto con mi papá.

Hasta se le había olvidado que por mucho tiempo pensó que era adoptado. En vez de eso se preguntaba qué habría hecho tía Elisa ante su desaparición. Probablemente, sus papás se habían visto obligados a volver de Europa. ¡Y tan interesado que estaba su papá en el curso que debía hacer! Seguramente, todavía estaban buscándolo y capaz que hasta dieran con la entrada del túnel de emergencia que los exploradores utilizaban para regresar cuando tenían problemas.

—Eso nunca ocurrirá —le dijo Aymi cuando Diego le mencionó la posibilidad de que las patrullas de rescate dieran con la entrada al valle de la Ciudad Sagrada de Warahuamán.

—¿Por qué no? —preguntó Diego.

—Porque ya la entrada fue clausurada. Además, se ha sabido que ya se suspendió tu búsqueda, pues no creen posible que estés vivo todavía —le informó Aymi.

Fue como si le hubiera enterrado un cuchillo en el corazón. ¿Acaso nunca iba a regresar a casa? ¿Qué iba a pasar con su habitación, su televisor y su equipo de música, su nintendo, su computador? ¿Adoptarían un niño que tomase su lugar? ¿Le regalarían sus cosas al primo Antonio el día que lo diesen por muerto?

Con mucha dignidad se puso de pie y retomó su trabajo de limpieza; aunque se habían convertido en buenos amigos, no quería que Aymi se diese cuenta de lo que estaba sintiendo. ¡Qué no hubiera dado en ese momento por encontrarse en la cabaña de techo de paja, almorzando el charquicán de tía Elisa! En realidad, había que reconocer que con un huevo frito encima estaba de lo más pasable. La avena con leche no, por supuesto, ese punto no

era negociable de ninguna manera, pero estaba dispuesto a aceptar el budín de sémola siempre y cuando la tía le diese un baño de caramelo. Bueno, ya, también aceptaría la avena. Garbanzos, lentejas, cochayuyo, lo que fuera, cualquier cosa, menos un plato de quínoa.

Mientras hacía memoria de las comidas caseras que tanto echaba de menos cada vez que se sentaba a comer, Jeremy le seguía como una sombra, siempre atento a las idas y venidas de los warahuamanenses. Tenía que estar pendiente del perro, que en el momento menos pensado se abalanzaba como una bala encima de los numerosos guacamayos que adornaban los jardines, provocando una gran voladura de plumas multicolores y tremendo escándalo entre las mujeres. Aymi, que se había encariñado mucho con el perro, le ayudaba a sujetarlo y lo calmaba con pedazos de charqui de llama que sacaba de su bolsa. Gracias a la obediencia lealtad de Jeremy hacia Diego, el niño inca estaba comenzando a tenerle un poco de

respeto, sobre todo porque a Aymi le había sido imposible lograr que el fox-terrier acatase sus órdenes o le siguiese a todas partes, como hacía con Diego.

“Quién iba a pensarlo —se decía Diego—, yo que encontraba tan aburrido a Tin Tin el Aventurero y ahora ando para todas partes con un fox-terrier pegado a mis talones”.

Aymi lo escuchaba sin entender una palabra y muy para sus adentros pensaba que Diego tenía una tuerca floja.

Por las tardes, ambos niños partían hacia la terraza de despegue y observaban las evoluciones de los carros voladores. ¡Qué ganas de subirse a uno de ellos y desaparecer en una fracción de segundo! Era increíble que los incas hubiesen logrado construir esas magníficas naves; Diego estaba seguro de que tal noticia dejaría al mundo entero con la boca abierta cuando se enteraran. Ya vería el pesado del guatón Urrionda; cuando lo entrevistaran para la tele no pensaba volver a hablarle. ¡Era

tan chueco el guatón, mire que contarle a la esquelética miss Arteaga que le había vendido la serpiente!

Sin darse cuenta, de tan distraído que estaba, comenzó a bajar por un callejón que culebreaba de tal manera que era imposible saber a dónde llegaría. Diego aspiraba con mucho detalle los rincones y las motas de polvo y las hojas caídas desaparecían como por arte de magia en el interior del carrito, donde se iba acumulando un montoncillo de polvo amarillento. Ya era hora de la siesta y no había un alma por las calles, las ventanas de las casas estaban entornadas y las puertas cerradas.

De pronto se dio cuenta de que nunca antes había pasado por ese lugar; ahora el callejón se iba estrechando y las murallas se hacían cada vez más altas y sobre el borde del muro de piedra colgaban esplendorosas enredaderas cargadas de flores. Casi sin que se diera cuenta, la calleja terminó y se encontró en una gran plaza rodeada de jardines; anchas escal-

natas conducían hasta uno de los parques más hermosos que el niño hubiera visto jamás, un sinfín de terrazas cubiertas de verdor y flores de hermoso colorido. Picado por la curiosidad, Diego acomodó su equipo de aseo junto a la muralla y le dijo a Jeremy:

—¡Ven Jeremy, vamos a recorrer el jardín!

¡Qué le habían dicho a su compañero! Jeremy partió como un celaje escalera arriba y se perdió entre los arbustos en menos de lo que tarda uno en decir amén. Diego estaba un poco asustado, no fuera cosa que también eso estuviera prohibido o, mucho peor aún, que a Jeremy se le ocurriese dejar un recuerdillo de su paso en medio de los arriates de flores. Después de todo, ahora era él el encargado de limpiarlos.

Corrió detrás del perro y en ese preciso instante escuchó los frenéticos ladridos del fox-terrier y un concierto de cacareos asustados. Como si eso fuera poco, un gran número de pavos reales, gallinetas y patos aparecie-

ron corriendo entre las matas entre chillidos y plumas que van y vienen. ¡Ahora sí que la había hecho buena! Jeremy iba a dejar la crema y se indignarían con él. ¡Dónde se habría metido Aymi ahora que lo necesitaba!

Y entonces, corriendo detrás de las aves, apareció Jeremy, exhausto, con la lengua afuera y aterrorizado y se escondió detrás de él temblando como una hoja al viento.

—¡Qué desastre hiciste que te andas escondiendo, Jeremy; deja las gallinas tranquilas! —dijo Diego—. Ven, vámonos antes de que nos pill...

Las palabras se congelaron en su boca. Frente a él se encontraba el jaguar de aspecto más feroz que hubiera imaginado; la fiera llevaba un collar guarnecido de piedras preciosas que remataba en una cadena de oro y al otro extremo de la cadena estaba el hombre más impresionante que Diego hubiera visto en su vida.

El desconocido vestía una gran túnica blanca

y púrpura bordada con hilos de oro y llevaba sobre su aristocrática cabeza una gran corona de oro y plumas. Ya no era joven. Su largo pelo era blanco y estaba cuidadosamente peinado, tenía grandes ojos oscuros que parecían traspasar los objetos y le miraba con el aspecto más serio que Diego hubiera visto jamás. ¡Qué tío Roberto, qué gerente del Hotel Thermidor, qué miss Eulalia, qué Suríchac Kiske! El desconocido dejaba a todas las otras personas que alguna vez se habían enojado con Diego Herreros como vulgares aficionados y lo peor era que lo había pillado con las manos en la masa o, mejor dicho, con el hocico de Jeremy en plena masa avícola.

Avergonzado, Diego bajó la vista e inclinó la cabeza. Ahora sí que la había embarrado, los incas lo iban a tener limpiando hasta el día que se congelara el infierno y nunca más podría regresar a casa, ni siquiera para averiguar si era hijo adoptivo o no.

—Es un hermoso animal ese bandido.



Las palabras del desconocido lo tomaron por sorpresa.

—Gracias, señor —balbuceó.

—Pero quizás ya estaría bueno que se lo devolvieses a tu primo Antonio. ¿No crees?

¿Cómo era eso posible? El anciano sabía que Jeremy no era su perro. ¡Pero si él no se lo había dicho a nadie!

El anciano lo miró con una sonrisa bailándole en la boca y respondió a su curiosidad:

—No es necesario que me digas las cosas, Diego. Me gusta mucho el perro de tu primo Antonio, pero creo que también él lo debe estar echando de menos. Ven aquí —ordenó a continuación, dirigiéndose al perro.

Jeremy se acercó al anciano inclinándose sobre sus patas delanteras, con la cabeza gacha y los ojos asustados. Cuando llegó a su lado, se echó en el suelo y le mostró la panza sonrosada, llena de lunares oscuros. El desconocido se agachó sobre él y le acarició la panza con su mano morena y arrugada.

—Eres un buen perro, Jeremy. Algún día tendré uno como tú —le dijo.

Y el perro, como si comprendiera, movió su colita amistosamente y se rascó la panza con su pata trasera izquierda. Mientras más lo acariciaba, más contento se veía y cuando el anciano se enderezó para continuar su conversación con Diego, se revolcó frenéticamente sobre su lomo, gruñendo y pataleando para exigir más cariños de aquella persona tan simpática que acababa de encontrar. En suma, hizo el más perfecto de los ridículos, cosa habitual en los perros cuando alguien les agrada.

Pero el anciano tenía ahora cosas más importantes que hacer. Se volvió hacia el niño barrendero y le invitó a seguirlo.

—Ven conmigo, Diego. Hay algunas cosas que me gustaría mostrarte.

Cruzaron el jardín en pos del jaguar y después de unos minutos apareció entre los árboles una gran casa de piedra gris, de líneas

simples y pequeñas ventanas, muy distinta a las otras casas de Warahuamán. El anciano entró por la puerta principal y un guerrero vino hacia él con un rollo de papeles en la mano.

—Ahora no puedo atenderte, Auqui Colla, espérame y serás atendido con bebida y comida en tanto yo soluciono un serio problema con este niño extranjero.

Ahí mismo comenzó a temblar el pobre Diego. ¡Ya sabía él que tanto desorden no podía ser pasado por alto! ¿Qué castigo le iban a imponer ahora? Aymi le había hecho toda clase de advertencias, pero nunca le había aclarado cuáles eran esos castigos tan terribles. ¡No me atrevo ni a mencionarlos! Le decía, y se iba a su casa dejando a Diego comido por la curiosidad. Todos los días ocurría lo mismo y Diego tenía que regresar a la casa donde habitaba pensando en lo que le podía ocurrir si cometía otro error. Comía, se acostaba en su tarima y se pasaba largo rato sin poder dormir pensando en toda clase de

cosas, cuál de todas más horrible.

Y ahora había llegado el momento de enfrentar la realidad. Cierto que el anciano no parecía ser una mala persona, hasta se había encariñado con Jeremy, pero ¿qué tal si se le ocurría deshacerse de él para quedarse con el perro? Eran tan extraños estos incas, tan diferentes, cualquier cosa podría esperarse de ellos.

El anciano soltó la cadena del jaguar, que se instaló a dormir en un rincón, después se acercó a la ventana y se inclinó sobre la mesa que estaba junto a ella. Hacía extraños gestos con sus manos, como si estuviera tratando de dibujar cosas en el aire. Luego se volvió hacia el niño y lo llamó:

—Ven, ya puedes acercarte, Diego.

Diego fue hasta la mesa donde el anciano continuaba haciendo malabares con las manos; podía ver que algo se movía en la superficie de piedra. El niño se agachó también sobre la mesa y una exclamación de asombro brotó de su boca.

Como en una pantalla de televisión, la mesa se había cubierto de imágenes. Podía ver claramente la entrada de la cabaña de sus tíos, en cuya puerta se encontraba sentado su primo Antonio en compañía de otros niños. Estaban cabizbajos, parecían apenados. El niño cojo, Gaspar, hablaba en ese momento, y aunque ninguna voz se escuchó, en la mente de Diego resonaron claramente sus palabras.

—No pierdas la esperanza, Antonio, a lo mejor tu primo está vivo todavía.

Y Antonio, el pesado de su primo... ¡tenía una lágrima gorda y redonda brillando en su ojo derecho! ¡Quién lo hubiera creído! Diego siempre había pensado que Antonio lo detestaba, al menos, muy a menudo se lo hacía saber.

El anciano hizo nuevos gestos con las manos y la escena cambió; ahora se encontraban en el interior de la casa y sentados a la mesa se encontraban tía Elisa y ¡su mamá! Algo más allá, su papá recorría la habitación dando grandes zancadas, cabeza gacha para que no

se le viesan los ojos enrojecidos por el llanto. Tía Elisa tomaba la mano de su mamá y la consolaba, diciendo:

—Hermanita, no te descorazonas, ya verás que Roberto lo encuentra, él conoce esta zona como la palma de su mano.

Y su pobre mamá lloraba tapándose la cara con las manos, con una pena tan grande que Diego se sintió avergonzado como nunca lo había estado en su vida entera. ¡Él tenía la culpa de que su mamá estuviese sufriendo así! ¡Qué tonto y egoísta había sido!

—Es bueno que te des cuenta de eso, es un gran paso para mejorar las cosas —dijo el anciano.

Entonces, Diego se percató de que el anciano había estado leyendo su mente todo el tiempo. No era casualidad que supiese su nombre y tantas otras cosas y él, el muy tonto, no se había fijado. Y muy en el fondo de su mente surgió otra certeza: ¡El anciano era el Gran Magistrado, el más sabio de los Amautas, el hombre que dictaba justicia en Warahuamán!

—Así es Diego, yo soy el que te ha impuesto el castigo de barrer nuestras calles, soy también el encargado de dictaminar tu futuro. Y ya he tomado mi decisión.

La escena de la mesa se borró lentamente cuando el anciano habló. El Gran Magistrado caminó muy erguido por la habitación, con las manos tomadas por detrás de su cuerpo. Estaba más serio que nunca y los ojos negros y almendrados brillaban con toda clase de presagios funestos. Repentinamente, se detuvo y levantó su mano derecha apuntando a Diego con su índice huesudo.

—Has causado siempre tanto daño que difícilmente podrás repararlo —hablaba con gran energía y decisión—. Has hecho sufrir a quienes te quieren, has despreciado a muchos y maltratado a más. Tu castigo ha sido demasiado benévolo, merecías mucho más.

Se detuvo para recuperar el aliento. El Gran Magistrado tenía sus mejillas ligeramente enrojecidas por el enojo; gesticulaba y

hacía grandes ademanes con las manos mientras iba dándole a Diego la gran lección de su vida. Su aspecto era tan fiero que hasta el propio Jeremy se escondió debajo de la mesa de piedra pulida y se tapó la cabeza peluda con las patitas delanteras.

Ojalá Diego hubiera podido hacer lo mismo; por más ganas que tenía de salir arrancando a esconderse con el fox-terrier, no le quedó otra que quedarse allí como clavado al piso por sus pies, que se negaban a obedecerle mientras escuchaba todas y cada una de las cosas que el anciano le decía. Y lo peor de todo era que mientras escuchaba muerto de vergüenza no podía sino encontrarle toda la razón al Primer Magistrado. En esos largos minutos pasaron por su mente muchas de las cosas desagradables que había causado a otras personas. ¡Cómo hubiera querido que todo hubiera sido diferente, cómo deseaba una oportunidad para demostrarle al Primer Magistrado que podía cambiar, que no quería que le cortaran la

cabeza, que lo único que soñaba era volver a casa y ser amable con sus antiguas víctimas!

—Lo sé —replicó el Gran Magistrado.

Había olvidado que el anciano podía leer su mente. ¡Qué vergüenza, ahora iba a creer que era un niño llorón!

—De ninguna manera, creo que eres un niño menos tonto de lo que parece; también creo que podrás hacer todo de nuevo y comprender que cada persona es valiosa a su propia manera. Gaspar no es menos valioso que tú porque es cojo, sucio y pobre. Trabaja desde que tenía seis años ayudando a su abuelo; la pobre señorita Arteaga es una tía muy cariñosa, se encarga de los hijos de su hermano muerto y se esfuerza mucho para vivir con un sueldo escuálido; tu tío Roberto ocupa largas horas trabajando en su computador estudiando el pasado de los pueblos altiplánicos, poco es lo que gana, y tía Elisa prepara charquicán y lentejas bastante seguido para que el presupuesto no se desor-

dene. Nadie hace las cosas para entretener a los niños inútiles que no tienen mejor ocupación que reírse de los demás.

A estas alturas del partido, Diego era casi una sombra del Diego Herreros que había huido de casa entre gallos y medianoche. El Gran Magistrado tenía toda la razón, merecía ser castigado sin chistar.

—Bueno, no es para tanto —dijo el Gran Magistrado— Vamos a comer algo porque ya hemos perdido mucho tiempo y Auqui Colla debe estar muy aburrido esperándome. Ah, después ponte la ropa que traías porque esta noche te llevaremos de regreso a casa.

Y llamando a su jaguar, que continuaba echado respetuosamente en un rincón, salió de la sala caminando con la agilidad de un hombre joven. Como Diego continuaba paralizado en el mismo lugar, se volvió y le dijo:

—Vamos, vamos, no pierdas tiempo. Tenemos mucho que hacer y pocas horas por delante.

7

El Carro Dorado de Atahualpa Inca

Las últimas horas de Diego Herreros en la Ciudad Sagrada de Warahuamán se fueron volando. Diego y Aymi se despidieron con un fuerte abrazo. El niño inca lo acompañó hasta la plataforma de despegue y antes de separarse le dijo con una nota de sana envidia en su voz:

—Qué suerte la tuya, Diego Herreros, yo no podré viajar en los Carros de Atahualpa Inca hasta que sea un guerrero —al tiempo que buscaba en su bolsa y le alargaba un cintillo de lana de alpaca de brillantes colores—.

Toma, si algún día regresas al valle, búscame. Esos son los colores de mi familia, la familia Condori de Warahuamán.

Emocionado, Diego se puso el cintillo en la frente y estrechó la mano de su amigo por última vez. Después, seguido por Jeremy, caminó hacia el platillo volador que, suspendido sobre la plataforma, emitía un suave zumbido parecido al de una abeja. Cuando llegó debajo de la nave, un haz de luz surgió del vientre del platillo volador y un tubo fuertemente iluminado bajó hasta él, cubriéndolo.

—¡Adiós, Aymi, adiós! —gritó Diego mientras hacía señas con la mano a modo de despedida.

Cuando el tubo lo depositó en el interior del platillo volador, uno de los guerreros exploradores lo acompañó a sentarse junto al piloto. Por la gran pared de cristal podía ver que el valle de Warahuamán iba quedando atrás velozmente, hasta que desapareció en el horizonte. Millones de estrellas destellaban sobre



el manto aterciopelado de la noche. Sobrevolaron, en rápida sucesión, las ciudades entre Arica y Santiago, que parecían una estrella más en la noche. Diego iba feliz, tan feliz que cuando llegó el comandante de la nave y lo invitó a recorrerla se paró de un salto y partió detrás de él sin darse cuenta de que en medio de la sala de comando había un gran agujero oscuro que se abría hacia la nada.

Y de pronto, al poner el niño su pie sobre el agujero, todo desapareció y se hizo la oscuridad a su alrededor.

8

Anoche tuve un sueño muy extraño...

Diego despertó dolorido por los guijarros que se le clavaban en la espalda. El sol caía fuertemente sobre la roca que lo protegía, cegándolo. Tenía mucho sueño todavía, pero los ladridos de Jeremy armaron un escándalo de padre y señor mío y terminaron por despabilarlo.

—¡Allá están, allá están! —gritó alguien. Diego creyó reconocer la voz de su tío Roberto. Se puso en pie de un salto y vio la camioneta de la policía que se había detenido a pocos

metros de donde se encontraba. Tío Roberto bajó de ella seguido de un sargento y vino hacia él corriendo. Jeremy saltaba alegremente para contarle a tío Roberto lo mucho que le había echado de menos. Diego corrió también hacia su tío y lo abrazó fuertemente.

—Perdona, tío Roberto, perdona todas las tonteras que hice.

—Tremendo susto que nos hiciste pasar, Diego, no tienes que actuar a tontas y a locas, muchacho. Ven, vamos a la casa para que te bañes, te cambies y tomes desayuno. A la tarde iremos a bañarnos a la cocha.

—¿Y mi papá, por qué no vino contigo, tío Roberto?

—¿Qué te pasa, Diego, ya se te olvidó que tus papás están en Bruselas? Todavía falta mucho tiempo para que regresen, pero esta mañana llegó carta de ellos para ti.

¿Cómo? ¿Y la búsqueda? ¿Qué pasaba con las cuatro semanas que llevaba perdido, sus papás llorando en el comedor de la cabaña

y las entrevistas en televisión? ¿Es que todo había sido un sueño, una terrible y colorida pesadilla, tan real que había llegado a creerla?

—Pero tío —dijo—, ¿qué día es hoy?

—Viernes 1 de septiembre, claro; llegamos aquí hace tres días. ¿O ya olvidaste que anoche te arrancaste de la casa? Ven, vamos a tranquilizar a Elisa, la pobre estaba como loca.

Tío Roberto y el sargento de policía subieron a la camioneta y lo instalaron entre ellos, como si tuvieran miedo de que se les arrancase otra vez. Jeremy, de un solo salto, se instaló en el asiento trasero y sacó la cabeza por la ventana para ladrar como contratado hacia el cielo, como si fuera capaz de ver algo que nadie más podía. Desconcertado, Diego miró hacia arriba, pero no había nada allí. Sólo escuchó un zumbido de abejas, pero ¿de dónde iban a salir abejas en ese peladero!

Tenía ganas de regresar a la cabaña, a lo mejor tía Elisa había preparado charquicán con huevo frito para el almuerzo. En realidad,



tenía un hambre terrible, casi como si no hubiera comido nada en un mes. Se estiró en el asiento mirando con gusto los rincones familiares de la vieja camioneta de tío Roberto.

De pronto, su cara apareció frente a él, reflejada en el espejo retrovisor. Esa mañana de septiembre, Diego Herreros se veía contento; tenía la piel muy bronceada y el cabello mucho más largo que el día de su llegada; su ceño ya no estaba fruncido, es más, sonreía alegremente, y en su frente, muy bien ajustado, estaba el cintillo tejido de Aymi Condori.

Glosario

AMAUTA: Palabra quechua con la que los incas denominan a los maestros —filósofos y sabios— respetados y venerados.

ATAHUALPA: Último Inca, hijo bastardo de Huayna Cápac. Luchó con su hermanastro Huáscar para quedarse con la totalidad del imperio. Fue ajusticiado por Francisco Pizarro en 1533.

AYMARA: pueblo andino que habita en zonas del altiplano de Chile, Perú y Bolivia.

HARAUICU: Poetas que cantaban las glorias de los incas con sencillez para que no fuesen olvidadas, debido a que no tuvieron su propia escritura.

INTI: así llamaban los Incas a su Dios, el sol.

PAPA CHUÑU: la papa deshidratada en las frías temperaturas del altiplano para su conservación.

QUÍNOA O QUINUA: gramínea nativa de América del Sur, de hojas y semillas comestibles, que fue considerada sagrada por los incas.

ÍNDICE

1. Diego consigue estropear sus vacaciones	5
2. Un pueblo donde el diablo perdió el poncho.	16
3. Fuga en la negrura de la noche.	25
4. Bajo la sombra del platillo volador.	36
5. El prisionero de la Ciudad Sagrada.	47
6. Desbarajuste en el jardín del Gran Magistrado.	69
7. El Carro Dorado de Atahualpa Inca.	92
8. Anoche tuve un sueño muy extraño...	96
Glosario.	101

Plan Lector Arrayán Editores

A partir de 5 y 6 años

<i>Lima, limita, limón.</i> Folclor infantil iberoamericano (*11) <i>Compilación de Manuel Peña Muñoz</i>	Juguemos al hilo de oro. Folclor infantil chileno (*17) <i>Compilación de Manuel Peña Muñoz</i>
100 fábulas fabulosas (*13) <i>Compilación de Juan Andrés Piña</i>	Mi Primer Teatro (*34) <i>Manuel Gallegos y Flora Bahamonde</i>
Poemas para volar (*16) <i>Saúl Schkolnik</i>	

A partir de 7 y 9 años

Los cuentos de la ciudad dormida (*1) <i>Héctor Hidalgo</i>	La conquista del rocío (*25) <i>Alicia Morel</i>
Antología de poesía infantil (*3) <i>Compilación de Dorys Zeballos</i>	Pablo. Décimas sobre la infancia de Pablo Neruda (*29) <i>Carmen Cántaro</i>
Cuentos con pulgas (*5) <i>Saúl Schkolnik</i>	Los cuentos de Villa Disparate (*31) <i>Adriana Esther Ballesteros</i>
Cuentos para no cortar. 17 relatos de árboles chilenos(*12) <i>Manuel Gallegos</i>	Los viajeros invisibles (*32) <i>Alicia Morel</i>
Las aventuras de Romeo Palote (*21) <i>Pablo Noguera</i>	

A partir de 10 a 12 años

Tegua. Un episodio de la Conquista (*2)

Raúl Benapres

Teatro escolar representable (*4)

Volumen I

Compilación de Rubén Unda

El regreso de la Mujer de Goma (*6)

Héctor Hidalgo

Un diálogo pendiente.

Cuentos ambientalistas (*14)

Héctor Hidalgo

Leyendas americanas de la tierra (*15)

Dorys Zeballos

Marcos y Andrea en el Olimpo (*18)

Gabriela Lezaeta

Cuatro milagros de Nochebuena (*19)

Beatriz Concha

La pajarera de Samuel Encino (*20)

Héctor Hidalgo

Misterio en Los Piñones (*22)

Beatriz García-Huidobro

Sietecolores (*24)

Jordi Sierra i Fabra

El niño, el perro y el platillo volador (*27)

Alida Verdi

Chile en cuentos (*28)

Compilación de Héctor Hidalgo

Misterio en el campamento (*30)

Beatriz García-Huidobro

Cuentos imposibles (*33)

Jordi Sierra i Fabra

Todo el cielo un juguete (*35)

Aramís Quintero

A partir de 13 y 14 años

Travesía infernal (*7)

Manuel Gallegos

Teatro escolar representable

Volumen II (*8)

Compilación de Juan Andrés Piña

Palabras de Amor. Antología de poesía para jóvenes (*9)

Compilación de Ignacio Rodríguez

Antes del verano (*10)

Beatriz García-Huidobro

El cisne y la luna (*23)

Manuel Gallegos

Mi pequeño maestro (*26)

Francisco Díaz Guerra